

Plaza pública

para la edición del 12 de octubre de 1995

Zedillo en EU

Miguel Ángel Granados Chapa

A medida que los viajes presidenciales al exterior se prodigaron, han ido perdiendo el carácter de hazañas con que los revistió la propaganda gubernamental. Igualmente, cada encuentro de un Presidente mexicano con su igual de los Estados Unidos, al hacerse parte de la rutina diplomática, se resuelve en conversaciones normales, que ya no pueden ser utilizadas para escenografías espectaculares. Pasó la hora en que muchedumbres congregadas en el Zócalo, eran forzadas a dar la bienvenida a Jefes de Estado convertidos en adalides que repetían, con esas u otras palabras, la célebre sentencia de López Mateos: "¡La bandera que cruza mi pecho vuelve limpia!".

Hoy, la certidumbre sobre las limitaciones materiales de la política exterior, especialmente agudizadas si a ellas se agregan necesidades insoslayables y un credo político que pone énfasis en la cooperación y no en el enfrentamiento, hace que el viaje de un Presidente de México a Washington sea un acontecimiento desdibujado, apenas coloreado por anécdotas. La práctica de la diplomacia personal aproxima con frecuencia a la cursilería y a veces el lindero se traspasa sin saberlo, pues resulta tenue la frontera entre la cordialidad y la chabacanería. De ese modo, como punto

relevante de la historia del primer viaje de estado del Presidente Zedillo a los Estados Unidos, quedará constancia de las semejanzas entre el mandatario mexicano y su anfitrión, dadas a conocer por éste. Entre ellas cuenta la noticia de que las parejas Zedillo Velasco y Clinton Rodham vivieron su luna de miel en Acapulco, en viajes en que los acompañaron sus suegros.

Por supuesto, obtener tal información no fue el mayor logro del viaje que esta semana realizó el Presidente Zedillo. Pero la gira no pasará a los anales de las relaciones exteriores de México como un momento estelar. Es verdad que Zedillo y Clinton se tributaron homenajes, subrayando el liderazgo de cada quien, y es verdad también que se concentraron anuncios ya formulados respecto de las inversiones norteamericanas a efectuar de aquí a un plazo de cinco años. Pero es verdad también que ese financiamiento se concentrará en la adquisición de empresas privatizadas y no significará por sí la creación de empleo. Y es verdad sobre todo que se subrayó con esta visita presidencial la pérdida de la capacidad de regir la economía mexicana en los términos que importan a México, pues al pagar anticipadamente un crédito y declinar la disposición de otra suma relevante, se puso el acento en la conveniencia norteamericana, y de Clinton en particular, y no en el interés de nuestro país.

Se trató de una visita desafortunada. El viaje comenzó horas después de que un sismo afectó adversamente una gran extensión de la costa occidental mexicana, y si bien el Presidente tuvo tiempo de ofrecer

un mensaje a los damnificados, y organizar el comienzo de la ayuda, su presencia en la región siniestrada se echó de menos. Y participar en la mundanidad protocolar de una visita de estado no es la mejor forma de expresar duelo por los quebrantos sufridos por la población (a causa de los sismos y los huracanes recientes). No había más remedio, sin embargo, que cumplir con una cita inaplazable. En sentido contrario, el Presidente pudo congratularse de saber durante su viaje que un mexicano, formado en la Universidad Nacional, reciba el Premio Nobel de Química, junto con dos investigadores más. El doctor Mario José Molina Pasquel Henríquez forma parte, a la distancia, de un círculo cercano al Presidente, pues su cuñada Alejandra Lajous Vargas, directora del Canal Once, es miembro de una familia muy presente en la vida pública: su hermano Adrián dirige Pemex, y sus hermanas María de la Luz y Roberta son, respectivamente, senadora por el DF y embajadora en Austria.

Pero no todas las noticias recibidas por el Presidente en su breve estadía norteamericana fueron de ese talante amable. El dólar se encareció hasta la barrera de los siete pesos y la bolsa de valores experimentó pérdidas o apenas obtuvo ganancias mínimas, lo que muestra el veredicto del capital sobre la conducción de la economía. No falta quien atribuya esos quebrantos a la rebeldía de Manuel Camacho, pero si bien suponerlo o fingir que se cree puede servir a los embates contra el ex regente, lo cierto es que la desconfianza de quienes más notoriamente pueden expresarla, la de quienes participan

en los grandes flujos de capital, se había manifestado antes de que estallaran los fuegos de artificio. En septiembre salieron de la bolsa dos mil millones de dólares, sin que Camacho tuviera que ver en la causa de esas operaciones.

El Congreso norteamericano no recibió al Presidente Zedillo. La estrategia mexicana ha consistido en sugerir que tal ausencia derivó de una decisión del gobierno de México. El propio Ejecutivo mexicano lo explicó en términos insostenibles, pues aseguró que lo importante ahora es fortalecer el vínculo con la Casa Blanca y no con el Capitolio. Se trata exactamente a la inversa. No puede excluirse que en el futuro cercano sea preciso un nuevo auxilio financiero al gobierno mexicano. Y aun si fuera posible reeditar la estrategia de febrero, que eliminó la intervención parlamentaria, no se puede marginar al Congreso del futuro de la relación bilateral. En las Cámaras se ventilarán las modalidades legislativas de los asuntos que importan a México (narcotráfico y migración, por ejemplo) y habría sido conveniente una presencia mexicana en el Capitolio.

Pero aunque el Presidente Zedillo se reunió con los jefes de los grupos parlamentarios, lo cierto es que no fue invitado (pues los anfitriones deciden a quién convocan y a quién no) a hablar en la tribuna como lo hicieron todos sus antecesores. Esa omisión enseña la precariedad que padece el gobierno mexicano en el trato con la potencia que no es sólo su principal proveedor y cliente sino hoy su principal sostén financiero.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Zedillo en EU

La difícil relación estructural entre México y el vecino del norte se ha complicado por la crisis económica, que dejó evidente la dependencia mexicana respecto de las decisiones de la política norteamericana.

AMEDIDA QUE LOS VIAJES PRESIDENCIALES AL exterior se prodigaron, han ido perdiendo el carácter de hazañas con que los revistió la propaganda gubernamental. Igualmente, cada encuentro de un Presidente mexicano con su homólogo de los Estados Unidos, al hacerse parte de la rutina diplomática, se resuelve en conversaciones normales, que ya no pueden ser utilizadas para escenografías espectaculares. Pasó la hora en que muchedumbres congregadas en el Zócalo, eran forzadas a dar la bienvenida a jefes de Estado convertidos en adalides que repetían, con esas u otras palabras, la célebre sentencia de López Mateos: "¡La bandera que cruza mi pecho vuelve limpia!"

Hoy, una amarga certidumbre sobre las limitaciones materiales de la política exterior, especialmente agudizadas si a ellas se agregan necesidades insoslayables y un credo político que pone énfasis en algo más que la cooperación, hace que el viaje de un Presidente de México a Washington sea un acontecimiento desdibujado, apenas coloreado por anécdotas. La práctica de la diplomacia personal aproxima con frecuencia a la cursilería y a veces el lindero se traspasa sin saberlo, pues resulta tenue la frontera entre la cordialidad y la chabacanería. De ese modo, como punto relevante de la historia del primer viaje de Estado del presidente Zedillo a los Estados Unidos, quedará constancia de las semejanzas entre el mandatario mexicano y su anfitrión, dadas a conocer por éste. Entre ellas cuenta la noticia de que las parejas Zedillo Velasco y Clinton Rodham vivieron cada una su luna de miel en Acapulco, en viajes en que los acompañaron sus suegros.

Por supuesto, obtener tal información no fue el mayor logro del viaje que esta semana realizó el presidente Zedillo. Pero la gira no pasará a los anales de las relaciones exteriores de México como un momento estelar. Es verdad que Zedillo y Clinton se tributaron homenajes, subrayando el liderazgo de cada quien, y es verdad también que se compendiaron anuncios ya formulados respecto de las inversiones norteamericanas a efectuar de aquí a un plazo de cinco años. Pero es ver-

dad también que ese financiamiento se concentrará en la adquisición de empresas privatizadas y no significará por sí la creación de empleo. Y es verdad sobre todo que se subrayó con esta visita presidencial la pérdida de la capacidad de regir la economía mexicana en los términos que importan a México, pues al pagar anticipadamente un crédito y declinar la disposición de otra suma relevante, se puso el acento en la conveniencia norteamericana, y de Clinton en particular, y no en el interés de nuestro país.

Se trató de una visita desafortunada. El viaje comenzó horas después de que un sismo afectó adversamente una gran extensión de la costa occidental mexicana, y si bien el Presidente tuvo tiempo de ofrecer un mensaje a los damnificados, y organizar el comienzo de la ayuda, su presencia en la región siniestrada se echó de menos. Y participar en la mundanidad protocolar de una visita de Estado no es la mejor forma de expresar duelo por los quebrantos sufridos por la población (a causa de los sismos y los huracanes recientes). No había más remedio, sin embargo, que cumplir con una cita inaplazable. En sentido contrario, el Presidente pudo congratularse de saber durante su via-



A juicio del presidente Zedillo, es oportuno fortalecer el lazo mexicano con el Ejecutivo y no con el Capitolio, siendo que el flanco débil de la diplomacia mexicana se encuentra precisamente en su relación con el Congreso

je que un mexicano, formado en la Universidad Nacional, reciba el Premio Nobel de Química, junto con dos investigadores más. El doctor Mario José Molina Pasquel Henríquez forma parte, a la distancia, de un círculo cercano al Presidente, pues su cuñada Alejandra Lajous Vargas, directora del Canal Once, es miembro de una familia muy presente en la vida pública: su hermano Adrián dirige Pemex, y sus hermanas María de la Luz y Roberta son, respectivamente, senadora por el DF y embajadora en Austria.

Pero no todas las noticias recibidas por el Presidente en su breve estadía norteamericana fueron de ese talante amable. El dólar se encareció hasta la barrera de los siete pesos y la bolsa de valores experimentó pérdidas o apenas obtuvo ganancias mínimas, lo que muestra el veredicto del capital sobre la conducción de la economía. No falta quien atribuya esos quebrantos a la rebeldía de Manuel Camacho, pero si bien suponerlo o fingir que se cree que así es, puede servir a los embates contra el ex regente, lo cierto es que la desconfianza de quienes más notoriamente pueden expresarla, la de quienes participan en los grandes flujos de capital, se había manifestado antes de que estallaran los fuegos de artificio. En septiembre salieron de la bolsa dos mil millones de dólares, sin que Camacho tuviera que ver en la causa de esas operaciones.

El Congreso norteamericano no recibió al presidente Zedillo. La estrategia mexicana ha consistido en sugerir que tal ausencia derivó de una decisión del gobierno de México. El propio Ejecutivo mexicano lo explicó en términos insostenibles, pues aseguró que lo importante ahora es fortalecer el vínculo con la Casa Blanca y no con el Capitolio. Se trata exactamente a la inversa. No puede excluirse que en el futuro cercano sea preciso un nuevo auxilio financiero al gobierno mexicano. Y aun si fuera posible reeditar la estrategia de febrero, que soslayó la intervención parlamentaria, no se puede marginar al Congreso del futuro de la relación bilateral. En las Cámaras se ventilarán las modalidades legislativas de los asuntos que importan a México (narcotráfico y migración, por ejemplo) y habría sido conveniente una presencia mexicana en el Capitolio.

Pero aunque el presidente Zedillo se reunió con los jefes de los grupos parlamentarios, lo cierto es que no fue invitado (pues los anfitriones deciden a quién convocan y a quién no) a hablar en la tribuna como lo hicieron todos sus antecesores. Esa omisión enseña la precariedad que padece el gobierno mexicano en el trato con la potencia que no es sólo su principal proveedor y cliente sino hoy su principal sostén financiero.